

Cuento

# OJOS IZQUIERDOS

Maritza Arcila Jaramillo  
Universidad de Antioquia

El niño no podía creer lo que su abuelo le contaba. Se acomodó el parche sobre su ojo y le agarró la cara al viejo mientras se trepaba encima suyo, balanceando con más fuerza la mecedora.

- ¿Y se veía distinto, abuelo? Le preguntó.

- Uno se acostumbra mijo.

El niño alzó las dos cejas y movió la boca. Se despidió para ir a dormir sin dejar de imaginar lo que podría ver si tuviera su ojo izquierdo. Soñó con eso y lo contó a sus amigos, que también soñaron y comenzaron a preguntar cuando podían. Al estar juntos, los niños dibujaron ojos de cartón que se pusieron encima del parche negro y crearon juegos que jugaron todos los días.

Se hizo tan frecuente el tema de los ojos izquierdos que los mayores comenzaron a inquietarse más y más con las preguntas. La mamá de uno de los niños comenzó a mirarse al espejo por la noche, levantaba tímidamente aquel parche, recordando los por menores de su amputación. Otro padre, en la mesa comedor, recordaba el dolor agudo al que se sometió a sus 15 años, callaba y sonreía alternando bocados de comida.

Algunos profesores, angustiados también por las preguntas constantes de todos los niños, se reunieron para reconocer que no entendían lo

que pasaba. Habían olvidado por qué, si nacían con dos ojos funcionales, se sometían a un procedimiento para restar su ojo izquierdo. Rápidamente, encontraron lo que buscaban: comenzó a circular en colegios, empresas, hogares, calles y páginas web, un comunicado que citaba un decreto de la presidencia firmado por el Comité Nacional hacía treinta y nueve años: tras largas semanas de paro cívico, se acordó donar el ojo izquierdo a la seguridad nacional como contribución al entrenamiento de la fuerza pública que aseguraba el bienestar. El proceso era supervisado por un joven internista y un médico especialista.

Todo tenía sentido y además estaba escrito. Si no fuera normal, no aparecerían hombres y mujeres tuertos por todas las calles de la ciudad y en cada página web navegable. Además, ¿de qué vivirían las industrias de parches si Dios no quisiera que tuviéramos uno todos los días? Ser tuerto era una oportunidad para cubrir ese pedazo del rostro con estampados florales, telas metalizadas o parches tejidos a mano. Se podía ser tuerto con estilo, como decían los anuncios, y al mismo tiempo generar empleo. Profesores y padres se fueron calmando y se dieron la razón con el tiempo: tener ojos izquierdos era un juego de niños, una fantasía infantil. Entonces volvieron a sonreír.